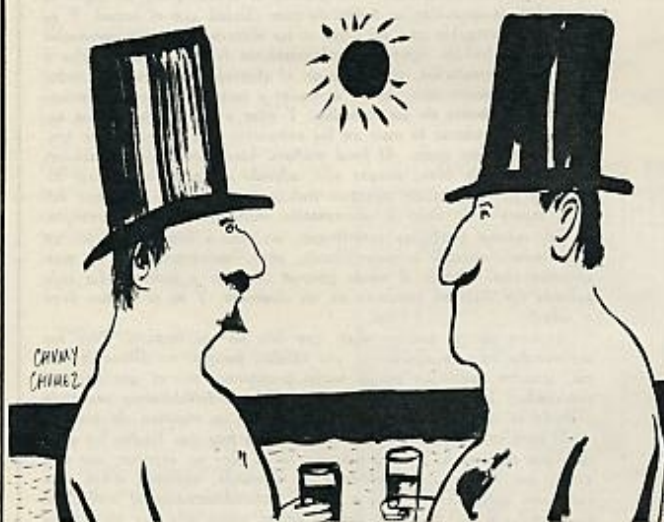


U.S.
GO
HOME
y
llevame
contigo



EL COBISTA.



—Yo no quisiera ser pobre ni por todo el oro del mundo.

con ella llegó el escándalo

ES algo ya casi normativo el que cada Festival tenga su escándalo. Antes lo daban las estrellas, ahora —lo que siempre supone otro tono— el escándalo se produce en torno a un film. Una exclusión o una admisión que se consideran arbitrarias suelen servir de espeleta. La libertad de expresión es lo que, en último término, acaba siempre discutiéndose. Y es también tradicional el que, al cabo de los años, los que más y más fuerte protestaron contra la inmoralidad o la tendenciosidad de la obra que en cada ocasión fue objeto de polémica acaban coincidiendo en admitir sus méritos. Recuérdese, en este sentido, el caso «Los amantes», o el de «Hiroshima, mon amour». Este año es Venecia, donde se celebra en la actualidad la Mostra, el escenario de uno de esos escándalos. La película «Juegos de noche», de Mai Zetterling, ha sido prohibida para el público, y sólo a última hora y a duras penas se ha logrado que no quede excluida de la competición, aunque su visión sólo haya sido autorizada para los periodistas acreditados y los miembros del jurado. No conozco, naturalmente, el film, aunque sí el anterior de la misma realizadora. En todo caso, no se trata de enjuiciar el film en sí, sino la actitud tomada respecto a él. Si ni siquiera a los asistentes a un Festival Internacional se les considera lo suficientemente adultos para poder ver cualquier cosa, hay que preguntarse para cuándo queda el que, en el mundo entero, se conceda a los espectadores cinematográficos la mayoría de edad que se supone al público lector, por ejemplo.

Y no se arguya que se trata de pornografía. En ninguno de los casos en que se han producido «affaires» de este tipo ha valido tal acusación. Hoy nadie se atrevería, ni desde las posiciones más retrógradas, a calificar de pornográficas a films como «Los amantes» e «Hiroshima». Las carcajadas que produciría tal pronunciamiento se cifran en varias leguas alrededor de quien lo hiciera. El problema está, pues, únicamente, en que, de una vez para todas, se considere que en cine, como en cualquier medio de expresión artística, el autor debe tener derecho a exponer sus ideas sobre cualquier tema, lo mismo que el público a escucharlas. Una crítica responsable, una distribución inteligente y un público que cada vez tiende más a hacerse especializado, a dejar de ser indefinido, harán el resto. Prohibiciones y escándalos no repercuten, en último término, sino en una mayor publicidad para el film, que si es bueno saldrá beneficiado de ella y si es malo también, obteniendo una difusión que de otro modo no hubiera alcanzado.

Es lógico que Suecia, cuando expone desde la pantalla problemas sexuales, lo haga de otra forma a como lo haría cualquier país puritano. Si un Festival tiene una razón de ser, ésta es, además de la de favorecer la confrontación de las diversas tendencias estéticas vigentes en cada momento, la de establecer un contacto entre los pueblos a través de un cine que refleje sus características nacionales peculiares. Un film que las presentara bajo un punto de vista falseador de la realidad debería, sí, ser excluido y atacado. No el que las estudia y analiza en su autenticidad. A menos que se quieran llevar las cosas al extremo y, si en realidad no se trata de un problema cinematográfico, sino de uno moral, se arrase el territorio sueco y de este modo se impida que lo que allí ocurre pueda quedar reflejado en el celuloide. Lo cual, quizá, sería una solución para algunos.

Mai Zetterling había promovido ya un escándalo, aunque menor, en el Festival de Cannes del año pasado con su primera obra, «Los enamorados». Por primera vez aparecía en la pantalla una obra en la que la relación hombre-mujer era analizada desde una perspectiva femenina. En una sociedad en la que la mujer, si bien ha adquirido el derecho de voto —y no en todas las latitudes— todavía está lejos de alcanzar la igualdad con el hombre, sea en las relaciones de trabajo o en otros muchos terrenos, incluido el del erotismo, no se admite, o se admite muy a regañadientes, que se exprese con libertad e incluso con indignación sobre un tema que, lógicamente, le concierne de modo profundo. Es muy posible que las mismas perspectivas, enfocadas desde un ángulo masculino, se hubieran dado por buenas. Pero el que, junto a un rigor crítico fuera de toda discusión, hubiera en «Los enamorados» una toma de posición netamente femenina superó la capacidad de tolerancia de los bienpensantes. La mujer-objeto es admitida y explotada por la llamada civilización occidental. La mujer-sujeto es otra cosa.

No faltará, pues, el coro de lamentaciones porque la película haya podido exhibirse, pero que, por otra parte, estará compuesto en su mayor parte por los mismos que forman el de quienes se escandalizan de que el ministro Coreca no haya avalado con su presencia la entrega, en el marco del Festival de Taormina, de un premio al «Africa addio» de Jacopetti, film cuya prohibición en Italia nadie ha impuesto. El dar vía libre a la exposición de un racismo militante, mientras se ponen todas las trabas posibles al reflejo de una situación real existente, indica claramente de dónde proceden los tiros.

CESAR SANTOS FONTENLA